

EN EL DESVÁN

Hortensia Vicente Manteca

Lucía ¿dónde estás? Oía esto desde el desván en la casa familiar, pero... ¿dónde se habrá metido esta hija? Eso es lo que vuelve a oír ahora, en este mismo lugar, aquí, donde subía a escondidas cuando era poco más que una niña.

Esto es lo que quiere contaros.

Si, en silencio y medio escondida, por si alguien se le ocurría subir a buscarla, todo igual, aunque hayan pasado más de cuarenta años.

Ha subido a buscar la tela negra, esa que hacía de telón en sus funciones teatrales, sí, porque en aquella casa, se hacía teatro en las tardes de domingo allá por el invierno, eso de ser muchos hermanos, tenía sus ventajas. Invitaban a sus amigos, el público era de diferentes edades. El guion sobre la marcha, todo era muy espontáneo, fijo, fijo en cada obra, solamente estaba el telón, es decir, esta tela negra que ha subido a buscar.

Ha ido directamente al lugar donde su madre la guardaba, pero no está, busca y rebusca en cajas y baúles, hasta que por fin la encuentra. Primero la toca, después la huele y al tenerla entre sus manos, mira el hueco que ha dejado ese trapo negro y ahí, como si hubiera corrido el telón para mostrar una de sus obras, ve en un hatillo con cinta roja sus cartas de amor, la dirección y el remite escrito a mano con tinta azul, con esa caligrafía inconfundible, su respiración se queda entrecortada.



¿Cómo han llegado hasta allí? Jura por dios que ese nunca fue su sitio, ella las guardaba detrás de una biga, en el lugar más oscuro del desván.

Nota calor en la cara, las manos le sudan al sujetar esas cartas, exactamente igual que cuando se las entregaba el cartero.

“Amor mío, aquí de nuevo junto a ti”, así empezaban todas, siguió leyendo con la respiración agitada y oyendo, de vez en cuando, a su madre decir “Lucía, pero ¿dónde estará esta hija?”

Tuvo que ser su madre quien las guardó allí y que antes de hacerlo, las leyó, es más, piensa que estaba al tanto de esa correspondencia y leía todas y cada una según iban llegando, claro que sí, ahora empieza a comprender por qué la llamaban “mística” y no solo ella, sino todos sus hermanos, así la llamaban “Lucía la mística”

¿Se iría de la lengua? Seguro que sí, ella, después de sus ausencias, bajaba las escaleras de puntillas, sin el menor ruido, cuando aparecía, simulaba llegar a casa en ese mismo momento, su madre la miraba con una sonrisa maliciosa, ella le respondía con otra, pero la de Lucía, era una sonrisa bobalicona, después, sin venir a cuento, empezaba con la retahíla de siempre, “para hacerte una mujer tienes que espabilar hija”, “no creas que todo en la vida es color de rosa”, en fin, ella estaba tan entregada al misticismo de su amor, que no le interesaba nada aquella sarta de tonterías que a su madre le había dado por repetir.

Se amaban en secreto, Antonio y ella eran novios.

¡Qué inocente! Ahora comprende, lo sabía todo.

¿Hasta dónde les habría contado a sus hermanos? Ahora piensa que sabían bastante, así que en aquellas obras improvisadas, siempre le pedían “Tú Lucía, ya sabes, interpreta algo sobre el amor” Ingenua se entregaba al personaje. Dominaba un pequeño repertorio. Agarrada de la mano con su novio imaginario, se movía de un lado a otro por el escenario, se susurraban al oído palabras tiernas, se daban besos furtivos y cuatro cositas más, su representación no duraba más allá de unos minutos, pero la aplaudían mucho, llegó a creerse que tenía dotes de actriz. Después creció y se olvidó del mundo de la escena, al igual que se olvidó de esas cartas

¡Qué bandidos! lo sabían todo, todos estaban al tanto de su amor enloquecido.

Madre, le dice antes de abandonar el desván, “te vas a librar de una buena retahíla de reproches porque ya te has ido, pero quiero que sepas, allá donde estés, que aquello no estuvo bien. No te voy a guardar rencor, no me apetece enfadarme”

Coge la tela que ha subido a buscar, las cartas y... ahora sí, haciendo el mayor ruido posible con sus tacones sobre la madera, empieza a bajar las escaleras, sus hermanos, están esperando su entrada en el comedor, sonrían al verla, les devuelvo una carcajada, “bribones”, les dice, cuanto juego os di.

